CAPÍTULO XVI

CONCLUSIÓN

Llegamos al fin.

El camino fué de flores algunas veces; más de abrojos. Luces y sombras nos envolvieron: aquellas rutilantes; pero de tal intensidad las sombras, que el refulgir de lo glorioso no pudo desvanecer las negruras de lo ingrato.

De hoy mismo casi la Telegrafía, no se puede con ella hacer comparaciones de enseñamiento: un período menor que el siglo no permite deducir acertadamente, porque no cabe en él la combinación de los diversos factores que contribuyen a un resultado.

El Correo....

Ya lo dijimos en el Prefacio:

«El medio preferible a todos para conocer el estado de vida próspera de un pueblo es el de la estadística del desarrollo del «servicio» de Correos...., de la «industria» del Transporte de noticias, porque en ella, exclusivamente, se dan en una sola expresión los coeficientes del desarrollo de la vida económica y de la vida cultural de la nación.»

Así es; así lo ha confirmado el anterior estudio.

El Correo español dice con su vida el estado de la vida nacional en cada tiempo.

En la Edad Media, en los dos grandes reinos de la Península, Castilla y Aragón, el Correo luce una vida pujante: eran los tiempos de Jaime el Conquistador, de Fernando el Santo, de Alfonso el Sabio, de Pedro III, de don Fernando y doña Isabel, los tiempos de las conquistas de Sevilla y Valencia, de la épica expedición de aragoneses y catalanes, de la batalla del Salado, de la expulsión definitiva de los moros, de Colón y el Nuevo Mundo, los tiempos del *Liber judicum* y *Foros aragonum* y Las Siete Partidas y el Ordenamiento de Alcalá.

Pujante continuó el Correo, unificado, con los Tasis: eran los tiem pos, España una, de don Carlos y Felipe II, con Pavía y Hernán-Cortés y Pizarro, con Lepanto y San Quintín y las Cortes aragonesas y castellanas, enérgicas defensoras de las libertades públicas.

Cayó en oscuridad y pobreza el Correo desde la época de Felipe III hasta ayer: eran los tiempos del abatir el infortunio las banderas españolas en cien batallas, los tiempos de los privados y los bufones, del derrumbe de un colosal imperio, del arder en guerras civiles, de la Hacienda pública en bancarrota....

Es el Correo—lo será en adelante con la Telecomunicación—el termómetro indicador de las altas temperaturas de la prosperidad y de las frías de la pobreza y el abatimiento.

*
* *

El estudio rápido que aquí concluye, también confirma que no es bastante resignación la nuestra, cuando nos vemos en lo hondo, para permanecer allí; que el orgullo racial, siempre alerta, se impone a los consejos del fatalismo y sin que nos acobarde la reciedumbre de la lucha a ésta volvemos ansiosos de conquistar los puestos de primacía que eran nuestros y ocupan otros. Lo adelantado desde 1889 en Correos y los avances que desde su primera hora ha realizado la Telegrafía demuestran que, efectivamente, por causa de nuestras culpas caímos a lo más profundo y triste, pero que ya hemos formado el propósito de redimirnos y volver a ser lo que no debimos dejar de ser y vendrá la redención: «Tumbona la raza, acaso por influjo del sol que la inunda en mares de calor y luz; pero digna y simpáticamente orgullosa la raza, que jamás elude la lucha por el progreso».

*
* *

Otra afirmación que hacíamos en el Prefacio se confirma en esta obra: en relación, en el tiempo, con nosotros mismos, los avances que señalan lo postal y telegráfico son enormes y muy satisfactorios.

En Correos:

Los 19,84 millones de cartas que circularon en 1846 fueron 633 millones en 1917.

Los 27.000 certificados de 1846 se convirtieron en ocho millones en 1918.

Los giros postales importaron 3,16 millones de pesetas en 1946 y 337 millones en 1918.

Los gráficos de estos tres servicios acusan con sus líneas constantemente en franca ascensión un magnífico desarrollo.

En Telégrafos:

Los 7,41 millones ingresados por el servicio total en 1911 y los 9,23 de 1915 suben en 1918 a 15,32 millones.

Los 3,97 millones de despachos del servicio privado interior de 1911 y los 6,25 de 1915, fueron 9,60 millones en 1918.

Las transmisiones sumaron 32,64 millones en 1915 y 52,49 en 1918. Igualmente dicen los gráficos de estos servicios que van avante con gran empuje.

*
* *

Sí, en cuanto a nosotros mismos, los resultados de avance que se deducen del presente estudio son confortadores.

Pero, y en parangón con el de otros países: nuestro adelanto ¿qué significa?

Nada. Lo que es peor que nada, punto divisor de lo positivo y lo negativo: significa que retrocedemos.

El que viaja en carreta de tardos bueyes puede afirmar, cuando haya avanzado un kilómetro, que le avanzó: absolutamente será cierto. Pero si del mismo punto que él, para llegar a otro mismo punto, partieron quiénes en coche, quiénes en automóvil o en tren o en aeroplano, y en el mismo tiempo avanzaron 20 y 30 y 40 y 50 kilómetros, ¿cómo el de los bueyes de lento paso podrá decir que avanzó? El avance es en relación al punto terminal y en cuanto a este fin el resultado será que a la conclusión de cada jornada, cuantos más kilómetros avance, mucho más lejos verá de él a los otros el de la perezosa yunta. No es lo absoluto, es la ley de la relatividad lo que valora las acciones humanas y las de un número de orden en la comparación.

El número que a España asignan todas las comparaciones que figuran en este libro, ¡qué acusador de nuestro abandono!

Relativamente a lo básico racional de la extensión territorial y del número de habitantes, en todos los elementos constitutivos del Correo y de la Telecomunicación somos los últimos, figuramos en el lugar que no han querido las naciones menos progresivas. ¿Qué importa, si esto es, que absolutamente, en cuanto a nosotros mismos, avancemos con decisión?

Tienen que hacer examen de conciencia y arrepentirse de sus culpas de ignorancia o desdén para las Comunicaciones, los políticos; tenemos las gentes de pluma que emprender una cruzada para arrancar de la esclavitud de la mísera dotación a Correos y a Telégrafos; hay que hacer que oigan los sordos y entiendan los mentecatos y anime a los abúlicos el evangelio del Correo y la Telecomunicación: la verdad de que éstos son los más firmes cimientos de la prosperidad y de la cultura de las naciones.

¿Quién habrá que cada día no espere con emoción la carta o el papel azul que han de traerle algo interesante para el sentimiento, algo que importa a la utilidad? ¿Quién estará limpio del pecado de acre censura contra los postales o telegrafistas porque se retrasó la nueva portadora de la paz o la alegría para el espíritu, de la solución favorable de un negocio?

Pero ¿quién piensa nunca en que Correos y Telégrafos están desatendidos, y en que si cumplen sus hombres es sólo por virtud del entusiasmo?

Los hacendistas ansiosos por aumentar los caudales de la Nación,

¿cómo no son los que más alto pidan que los servicios de Correos y Telégrafos se desarrollen con grandeza, sabedores de que no hay otro gasto que tan pronto se transforme en beneficios, ni con tanta esplendidez?

Nuestra historia sin par en el Correo, y la general, gloriosísima por los triunfos y los martirios, deben animarnos a los españoles de hoy a procurar ser dignos sucesores de los de otras centurias; si tal vez somos de alma tan seca que el recuerdo de las glorias no nos mueven a la acción, decidámonos a ella por honrar la sangre de las florecientes Repúblicas que un día ofrecimos al mundo, descubriéndolas venturosos entre la espuma del mar; y si aun ni esto nos decide, porque en la desgracia se enaneció nuestro espíritu, despertemos al avaro que duerme en cada cual, y por materialismo rabioso, por ansia de tener, por sed y hambre de riqueza, resolvámonos a la actuación constante en todos los órdenes de la actividad.

Y empecemos por desenvolver con gallardía los servicios del Correo y de la Telecomunicación.

Y, Dios te guarde, lector, que hasta aquí has llegado conducido por la simpatía y el interés que fluyen de las cosas de lo postal y telegráfico.

Y si eres, por ventura, de los que intervienen en los negocios de la Nación, mira que este alegato en pro de los anhelos de postales y telegrafistas por el desarrollo de los servicios, no pase por tí sin dejar huella, como el agua resbala sobre la roca: porque si tal sucediere torcedor has de tener en la conciencia que te acuse de felonía por desoir la voz del que pide para provecho y gloria de la Patria.

Alto y noble oficio el de la Política, pero vil este oficio si el que le ejerce no tiene abiertos los ojos para ver y en escucha el oído para oir las quejas públicas, presto el corazón para sentirlas, y en decisión para ampararlas la recia voluntad.

Si por ventura eres, lector, de los que influyen en la marcha del país, mira que a su servicio pongas tu valer para que el Correo y la Telecomunicación alcancen el desarrollo de los extranjeros; porque de tanto, en verdad, son merecedores.

Eso hagas y en tu alma española sentirás la satisfacción incomparable que sigue al cumplimiento de los deberes del patriotismo.